

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

D. JUAN PEREZ DE MUNGÍA,

—
N.º I.º

¿Quién es el Público, y dónde se le encuentra?

Artículo robado.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Agosto de 1832.

DOS PALABRAS.

No tratamos de redactar un periódico: 1.º porque no nos creemos ni con facultad, ni con ciencia para tan vasta empresa: 2.º porque no gustamos de adoptar sujeciones, y mucho menos de imponérmolas nosotros mismos. Emitir nuestras ideas tales cuales se nos ocurran, ó las de otros, tales cuales las encontremos para divertir al público, en folletos sueltos de poco volúmen y de menos precio, este es nuestro objeto; porque en cuanto á aquello de instruirle, como suelen decir arrogantemente los que escriben de profesion ó por casualidad para el público, ni tenemos la presuncion de creer saber mas que él, ni estamos muy seguros de que él lea con ese objeto cuando lee. No siendo nuestra intencion sino divertirle, no seremos escrupulosos

..

en la eleccion de los medios, siempre que estos no puedan acarrear perjuicio nuestro, ni de tercero, siempre que sean lícitos, honrados y decorosos. A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecersele. Adoptamos por consiguiente con gusto toda la responsabilidad que conocemos del epíteto satíricos que nos hemos echado encima: solo protestamos que nuestra sátira no será nunca personal, al paso que consideramos la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas, útil, necesaria, y sobre todo muy divertida.

Siendo nuestro objeto divertir por cualquier medio, cuando no se le ocurra á nuestra pobre imaginacion nada que nos parezca suficiente ó satisfactorio, declaramos francamente que robaremos donde podamos nuestros materiales, publicándolos íntegros ó mutilados, tra-

ducidos, arreglados ó refundidos, citando la fuente, ó apropiándonoslos descaradamente, porque como pobres habladores hablamos lo nuestro y lo ajeno, seguros de que al público lo que le importa en lo que se le da impreso no es el nombre del escritor, sino la calidad del escrito, y de que vale mas divertir con cosas ajenas que fastidiar con las propias. Concurriremos á las obras de otros como los faltos de ropa á los bailes del Carnaval pasado: llevaremos nuestro miserable ingenio, le cambiaremos por el bueno de los demas, y con ribetes distintos lo prohiaremos, como lo hacen muchos sin decirlo; de modo que habrá artículos que sean una capa ajena con embozos nuevos. El de hoy será de esta laya. Además, ¿quién nos podrá negar que semejantes artículos nos pertenezcan despues de que los hayamos robado? Nuestros serán indudablemente por derecho de conquista. Habrálos tambien sin embargo enteramente nuestros.

Siguiendo este sistema no podemos

figurar las materias de que hablaremos; sabemos poco, y aun sabemos menos lo que se nos podrá ocurrir, ó lo que podremos encontrar. Reirnos de las ridiculeces; esta es nuestra divisa: ser leídos; este es nuestro objeto: decir la verdad; este nuestro medio.

Aunque nos damos tratamiento de nos, bueno es advertir que no somos mas que uno, es decir, que no somos lo que parecemos; pero no presumimos tampoco ser mas ni menos que nuestros co-escritores de la época.

*Quién es el Público, y dónde
se le encuentra ?*

*(Artículo mutilado, ó sea refundido. Hermite
de la Chaussée d'Antin.)*

El Doctor tú te le pones,
el Montalban no le tienes,
con que quitándote el Don
vienes á quedar Juan Perez.

*Epigrama antiguo contra el Dr. Don Juan
Perez de Montalban.*

Yo vengo á ser lo que se llama
en el mundo un buen hombre, un in-
feliz, un pobrecillo, como ya se echa-
rá de ver en mis escritos: no tengo
mas defecto, ó llámese sobra si se quie-
re, que hablar mucho, las mas veces
sin que nadie me pregunte mi opinion:
váyase porque otros tienen el de no
hablar nada, aunque se les pregunte

la suya. Entremétome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinion, y la digo, venga ó no al caso, como un pobrecito. Dada esta primera idea de mi carácter pueril é inocentón, nadie estrañará que me halle hoy en mi bufete con gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público. Esta idea, pues, que me ocurre al sentir tal comezon de escribir será el objeto de mi primer artículo. Efectivamente, antes de dedicarle *nuestras* vigiliass y tareas *quisiéramos* saber con quién *nos* las *habemos*.

Esa voz *público*, que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodín de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vana de sentido, ó es un ente real y efectivo? Segun lo mucho que se habla de él, segun el papelón que hace en el mundo, segun los epítetos que se le prodigan, y las consideraciones que se le guardan, parece que debe de ser alguien. El público es *ilus-*

trado, el público es indulgente, el público es imparcial, el público es respetable: no hay duda, pues, en que existe el público. En este supuesto, ¿quién es el público, y dónde se le encuentra?

Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona á buscar al público por esas calles, á observarle, y á tomar apuntaciones en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caracteres distintivos de ese respetable señor. Paréceme á primera vista, segun el sentido en que se usa generalmente esta palabra, que tengo de encontrarle en los dias y parages en que suele reunirse mas gente. Elijo un domingo, y donde quiera que veo un número grande de personas llámolo público, á imitacion de los demas. Este dia un sin número de oficinistas y de gentes ocupadas ó no ocupadas el resto de la semana, se afeita, se muda, se viste y se perfila: veo que á primera hora llena las iglesias, la mayor parte por ver y ser visto; observa

á la salida las caras interesantes, los talles esbeltos, los pies delicados de las bellezas devotas, les hace señas, las sigue, y reparo que á segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas: aqui deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no estan, ó no quieren estar en casa: alli entra, habla del tiempo, que no le interesa, de la ópera, que no entiende &c. Y escribo en mi libro: *el público oye misa, el público coquetéa (permítaseme la espresion mientras no tengamos otra mejor), el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, á donde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde por lo regular ni es esperado antes de ir, ni es echado de menos despues de salir; y el público en consecuencia (sea dicho con perdon suyo) pierde el tiempo, y se ocupa en futesas: idea que confirmo al pasar por la puerta del Sol.*

Éntrome á comer en una fonda, y no sé por qué me encuentro llenas las mesas de un concurso que, juzgando

por las facultades que parece tener para comer de fonda, tendrá probablemente en su casa una comida sabrosa, limpia, bien servida &c., y me lo hallo comiendo voluntariamente, y con el mayor placer, apiñado en un local incómodo (hablo de cualquier fonda de Madrid), obstruido, mal decorado, en mesas estrechas, sobre manteles comunes á todos, limpiándose las babas con las del que comió media hora antes en servilletas sucias sobre toscas, servidas diez, doce, veinte mesas, en cada una de las cuales comen cuatro, seis, ocho personas, por uno ó solos dos mozos mugrientos, mal encarados, y con el menor agrado posible; repitiendo este día los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida; siempre puercos, siempre mal aderezados; sin poder hablar libremente por respetos al vecino; bebiendo vino, ó por mejor decir agua teñida, ó cocimiento de campeche abominable. Digo para mi capote: ¿qué alicientes traen al publi-

co á comer á las fondas de Madrid? Y me contesto: *el público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local.*

Salgo á paseo, y ya en materia de paseos me parece difícil decidir acerca del gusto del público, porque si bien un concurso numeroso, lleno de pretensiones, obstruye las calles y el salón del Prado, ó pasea á lo largo del Retiro, otro mas llano visita la casa de las fieras, se dirige hácia el rio, ó da la vuelta á la poblacion por las rondas. No sé cuál es el mejor; pero sí escribo: *un público sale por la tarde á ver y ser visto; á seguir sus intrigas amorosas ya empezadas, ó enredar otras nuevas; á hacer el importante junto á los coches; á darse pisotones, y á ahogarse en polvo; otro público sale á distraerse, otro á pasearse, sin contar con otro no menos interesante que asiste á las novenas y Cuarenta Horas, y con otro, no menos ilustrado atendidos los carteles, que concurre al teatro, á los novillos, al fantasmagóri-*

co Mantilla, y al circo olímpico.

Pero ya bajan las sombras de los altos montes, y precipitándose sobre estos paseos heterogéneos arrojan de ellos á la gente: yo me retiro el primero, huyendo del público que va en coche ó á caballo, que es el mas peligroso de todos los públicos; y como mi observacion hace falta en otra parte, me apresuro á examinar el gusto del público en materia de cafés. Reparo con singular estrañeza que *el público tiene gustos infundados*: le veo llenar los mas feos, los mas oscuros y estrechos, los peores, y reconozco á mi público de las fondas. Por qué se apiña en el reducido, puerco y opaco café del Príncipe, y el mal servido de Venecia, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de Santa Catalina, y anteriormente el lindo del Tívoli, acaso mejor situados? De aqui infero *que el público es caprichoso.*

Empero aquí un momento de observacion. En esta mesa cuatro militares disputan, como si peleáran, acerca

del mérito de Montes y de Leon, del volapie y del pasatoro; ninguno sabe de tauromaquia; sin embargo se van á matar, se desafian, se matan en efecto por defender su opinion, que en rigor no lo es.

En otra cuatro leguleyos, que no entienden de poesía, se arrojan á la cara en forma de alegatos y pedimentos mil dicterios, disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aquí cuatro poetas, que no han saludado el diapason, se disparan mil epigramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la diferencia de la Tossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café.

Allí cuatro viejos, en quienes se ha agotado la fuente del sentimiento, avaros, digámoslo así, de su época, convienen en que los jóvenes del día estan perdidos, opinan que no saben *sentir* como se sentia en su tiempo, y echan abajo sus ensayos, *sin haberlos querido leer siquiera*.

Acullá un periodista *sin período*, y otro periodista con *períodos interminables*, que no aciertan á escribir artículos que se vendan, convienen en la manera indisputable de redactar un papel que llene con su fama sus gavetas, y en la importancia de los resultados que tal ó cual artículo, tal ó cual vindicacion debe tener en el *mundo*, que no los lee.

Y en todas partes muchos majaderos, que no entienden de nada, disputan de todo.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto con mi sonrisa, propia de un pobre hombre, y con perdon de mi examinando: *el ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende.*

Salgo del café, recorro las calles, y no puedo menos de entrar en las hosterías y otras casas públicas: un concurso crecido de parroquianos de domingo las alborota merendando, ó bebiendo, y las conmueve con su bulliciosa algazara: todas estan llenas; en todas el Yepes y el Valdepeñas mue-

ven las lenguas de la concurrencia, como el aire la veleta, y como el agua la piedra del molino; ya los densos vapores de Baco comienzan á subirse á la cabeza del público, que no se entiende á sí mismo. Casi voy á escribir en mi libro de memorias: *el respetable público se emborracha*; pero felizmente rómpese la punta de mi lápiz en tan mala coyuntura, y no siendo aquel lugar propio para afilarle, quédase *in pectore* mi observacion y mi habladuría.

Otra clase de gente entre tanto mete ruido en los villares, y pasa las noches empujando las bolas, de lo cual no hablaré, porque este es de todos los públicos el que me parece mas tonto.

Abrese el teatro, y á esta hora creo que voy á salir para siempre de dudas, y conocer de una vez al público por su indulgencia ponderada, su gusto ilustrado, sus fallos respetables. Esta parece ser su casa, el templo donde emite sus oráculos sin apelacion. Representase una comedia nueva: una parte del público la aplaude con furor; es

sublime, divina; nada se ha hecho mejor de Moratin acá: otra la silva despiadadamente; es una porquería, es un sainete; nada se ha hecho peor desde Comella hasta nuestro tiempo. Uno dice: está en prosa, y me gusta solo por eso; las comedias son la imitacion de la vida; deben escribirse en prosa. Otro: está en prosa, y la comedia debe escribirse en verso, porque no es mas que una ficcion para agradar á los sentidos; las comedias en prosa son cuentecitos caseros, y si muchos las escriben asi es porque no saben versificarlas. Este grita: ¿dónde está el verso, la imaginacion, la chispa de nuestros antiguos dramáticos? Todo eso es frio; moral insípida, lenguaje helado; el clasicismo es la muerte del *genio*. Aquel clama: ¡gracias á Dios que vemos comedias arregladas y morales! La imaginacion de nuestros antiguos era desarreglada; ¿qué tenian? Escondidos, tapadas, enredos interminables y monótonos, cuchilladas, graciosos pesados, confusion de clases, de géneros;

el romanticismo es la perdicion del teatro; solo puede ser hijo de una imaginacion enferma y delirante. Oido esto, vista esta discordancia de pareceres, ¿á qué me canso en nuevas indagaciones? Recuerdo que Latorre tiene un partido considerable, y que Luna sin embargo es tambien aplaudido sobre esas mismas tablas donde busco un gusto fijo; que en aquella misma escena los detractores de la Lalande arrojaron coronas á la Tossi, y que los apasionados de la Tossi despreciaron, destrozaron á la Lalande; y entonces ya renunció á mis esperanzas. ¡Dios mío! ¿dónde está ese público tan indulgente, tan ilustrado, tan imparcial, tan justo, tan respetable, eterno dispensador de la fama, de que tanto me han hablado, cuyo fallo es irrecusable, constante, dirigido por un buen gusto invariable, que no conoce mas norma ni mas leyes que las del sentido *comun*, que tan pocos tienen? Sin duda el público no ha venido al teatro esta noche: acaso no concurre á los espectáculos.

Reuno mis notas, y mas confuso que antes acerca del objeto de mis pesquisas, llego á informarme de personas mas ilustradas que yo. Un autor silvado me dice cuando le pregunto: ¿quién es el público? "Preguntadme mas bien cuántos necios se necesitan para componer un público." Un autor aplaudido me responde: "es la reunion de personas ilustradas, que deciden en el teatro del mérito de las producciones literarias."

Un escritor cuando le silvan dice que el público no le silvó, sino que fue una intriga de sus enemigos, sus envidiosos, y este ciertamente no es el público; pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida llama al público en su defensa: el público la ha aplaudido; el público no puede ser injusto; luego es buena su comedia.

Un periodista presume que el público está reducido á sus suscriptores, y en este caso no es grande el público de los periodistas españoles. Un abogado cree que el público se compone de

sus clientes. A un médico se le figura que no hay mas público que sus enfermos, y gracias á su ciencia este público se disminuye todos los días; y así de los demas: de modo que concluyo la noche sin que nadie me dé una razon exacta de lo que busco.

¿Será el público el que compra la Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas, y las poesías de Salas, ó el que deja en la librería las vidas de los españoles célebres y la traduccion de la Iliada? ¿El que se da de cachetes por coger billetes para oir á una cantatriz pinturera, ó el que los revende? ¿El que en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, ó el que en tiempos pacíficos sufre y adula?

Y esa opinion pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradiccion hasta con las leyes y con la justicia? ¿Será la que condena á vilipendio eterno al hombre juicioso que rehusa salir al campo á verter su sangre por el capricho ó la impruden-

cía de otro, que acaso vale menos que él? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se mofa de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca ú otra cosa peor por muger? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor ó de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco? ¿Será la que fija el crimen en la cantidad, la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razon en la punta incierta de un hierro afilado?

¿En qué consiste, pues, que para grangear la opinion de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso é infatigable escritor, y pasa sus días manoteando y gesticulando el actor incansable? ¿En qué consiste que se espone á la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado? ¿En qué se fundan tantos sacrificios que se hacen por la fama que

de él se espera? Solo concibo, y me esplico perfectamente, el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos.

Llega empero la hora de acostarse, y me retiro á coordinar mis notas del dia: léolas de nuevo, reuno mis ideas, y de mis observaciones concluyo:

En primer lugar que el público es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. El escritor dice que emborrona papel, y saca el dinero al público por su bien y lleno de respeto hácia él. El médico cobra sus curas equivocadas, y el abogado sus pleitos perdidos por el bien del público. El juez sentencia *equivocadamente* al inocente por el bien del publico. El sastre, el librero, el impresor, cortan, imprimen y roban por el mismo motivo; y en fin, hasta el.... ¿Pero á qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar concluyo: que

no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caracteres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que este es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la mayor parte de los hombres que le componen; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinero al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razon, y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasajeras; que ama con idolatría sin *por qué*, y aborrece de muerte sin causa; que es maligno y mal pensado, y se recrea con la mordacidad; que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; que suele ser su favorita la medianía intrigante y *charlatana*, y objeto de su olvido ó de su desprecio el mérito modesto; que

olvida con facilidad é ingratitud los servicios mas importantes, y premia con usura á quien le lisonjea y le engaña; y por último, que con gran sinrazon queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados.



NOTA. *El pobrecito hablador, por no dejar meter baza á nadie, no admite ni da contestaciones.*



En el siguiente número daremos una sátira nuestra en tercetos contra la Corte.